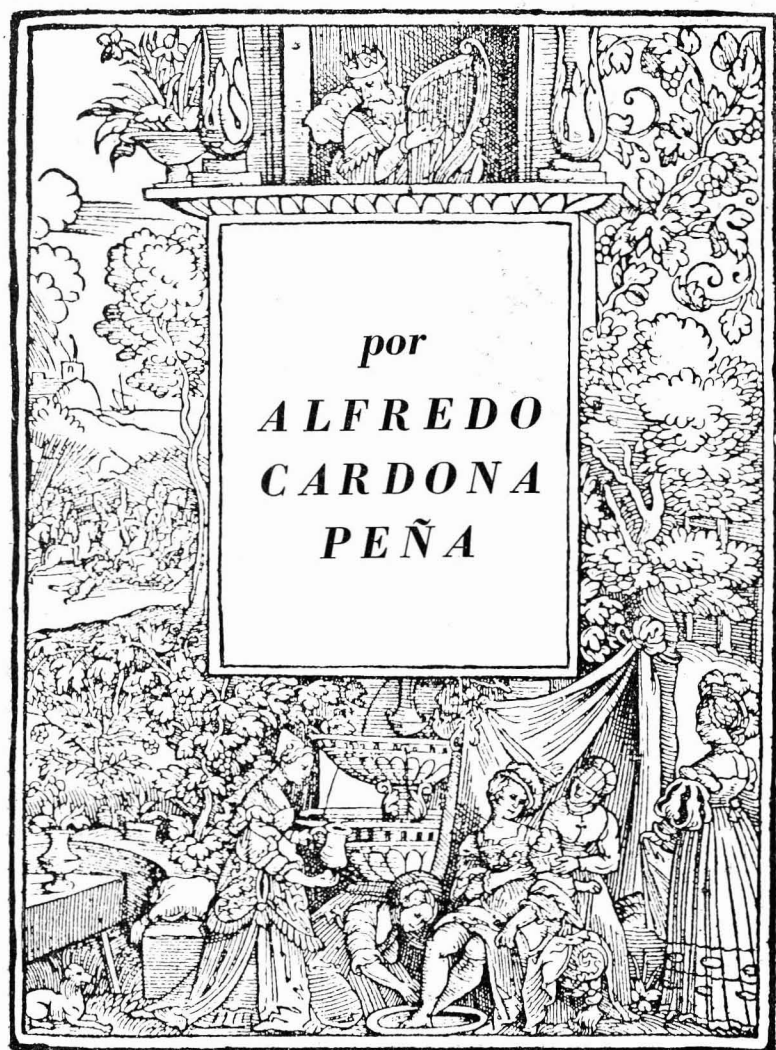


Recreo sobre la **EDAD MEDIA**



I

La sonrisa de Berceo

UN VIEJECITO RISUEÑO, platicador y amable, devoto de los milagros, asustadizo para el ruido exterior y de los que se despiertan y apresuran a las cuatro de la mañana. Fortuna de dioses. Berceo es el candor, la pureza, el amanecer. Nos pone en el alma un calorci-llo termal —*baño de María* de las lecturas viejas— y en los labios, al pronunciar sus letras recién nacidas, un puñado de hojarascas olientes. De sus actos sabemos poco, pero mucho de sus sueños.

Eso que llaman “pormenor biográfico” limita el espacio legendario, que es, precisamente, uno de los mayores encantos de la lejanía. A mayor incógnita bio-gráfica mayor hechizo en la reconstrucción, mayor li-berdad en la caza piadosa del gesto.

Azorín, maestro de la evocación, se sirvió de las nubes —las nubes en cuanto inestables y eternas, en cuanto imágenes del tiempo— para soslayarnos el mis-terioso encanto de *La Celestina*. También Azorín di-bujó a Berceo en líneas precisas, demasiado precisas. No me gustan esas precisiones que hace el maestro ante el recuerdo de Berceo. ¿Qué dibuja? “La cara de un bebedor; la cara llana, carnosa, de un clérigo.” Los adjetivos —que son los colores en esta pintura ideal— son los siguientes: *sensual, recio y sólido*.

No fué sensual el rostro de Berceo porque éste solicitara, en pago del esfuerzo gastado en romancear un dictado, un *vaso de bon vino*. No fué recio quien se apartó de las armas y amó la soledad de “temprados sabores”.

Mejor la figuración de Sáinz de Robles: “Debió de ser magro y de regular estatura. Calvo y de ojos cla-ros. Largo de manos y de quebrada color. Tímido y risueño. Muy dado a coloquiar con los santos locales y apegado a la tierra castellana como el molusco en su arrecife.”

Aquí entramos en un Berceo más natural, más afín. Tímido y risueño. Tímido para el aparato servil, para la visita al castillo y para el trato con las arma-duras vivientes que le cercaban. Risueño para el misa-cantano su vecino, para la niña su oyente, para el la-briego de su confianza. Con las gentes del agro camina a sus anchas, y es al pueblo a quien dirige su mirar. Y es que Berceo no sabe mucho, acaso poco, mas lo que sabe tiene frescura de pomar. Los eucologios de la biblioteca de San Millán eran frecuentados por él en momentos de reposo escrutador. Probablemente leyó a San Braulio, a San Eugenio, a San Julián, a los autores religiosos de la época goda, y, por algún res-quicio, al monje Grimaldo, biógrafo de Santo Domingo.

Nada más, pero tampoco nada menos. No le ven-gan a él con latines subidos ni con rectorías opulentas. Prefiere la lengua del rústico, no por eso menos sabia que la otra, la de los iniciados. Ama la expresión pala-dina y le gusta que le oigan y entiendan. En esto bien se gana el vinillo. Barruntamos que se dibuja incons-cientemente al comienzo del milagro IX, cuando, escri-biendo sobre el devoto ignorante, apunta lo siguiente:

*Era un simple clérigo pobre de clerecía
dicia cutiano misa de Sancta María,
non sabía decir otra, dicialo cadal día;
mas lo sabía por uso que por sabiduría.*

Ignorancia sabia, cultura apacible tomada de las flores, refrigerio para nosotros complicados y sober-

bios, alivio a nuestra fatiga histórica, bondad para los odios, niñez para la malicia.

Cogemos la *cuaderna vía* en tardes lluviosas, en finales de semana propicia, y nos invade una inefable sensación de cariño, de paz y de alegría rural en el corazón mismo de la urbe. El *mester*, pausado y grave, rumorea como los ríos centenarios, esos ríos que hemos visto andar con muletas de ocaso, ya sin el prodigio de las piedras golpeadas; y una dulce chochez, una vocecilla desdentada nos comienza a decir la fábula de las apariciones, con el prado y los frutos, el agua y la poma. Este es el gran efecto de Berceo, si efecto podemos llamar a descripciones que visten el delantal de San Bruno. Mas... ¡qué poder envolvente, qué desnudez tan mágica! En el fondo de lo periclitado, por los escondrijos del arcaísmo literario o arquitectónico, dormita el secreto de una emoción que al encontrar receptores entusiastas —y casi diría afines— despierta en un golpe mental tan bello como el que produce el rayo de sol sobre el guijarro milenario. Choque de lo imprevisto, quebrazón de luz y vuelta al nacimiento de la estética por los caminos del primitivismo. Berceo es el regreso, pero también la partida. La aventura de leerlo se desperdicia si no encaramos el “conflicto” del presente con la sanidad del ayer. Nosotros seremos sanos únicamente para los de mañana, los cuales se reirán de la triaca de hoy. Así es la brujería del tiempo, y no hay modo de remendarla.

Ahora que hemos buscado el Infierno como salvación de las formas, importa mucho el examen de los candores.

En la sinfonía conclusa de la Edad Media, en medio del estruendo del Cantar de Gesta, junto a los torreones y almenas furibundas, nada hay tan hondo ni tan suave como la sonrisa de Berceo. Debemos observarla con atención, pues ella desaparece ante la risotada insolente del Arcipreste.

¡Sonrisa y carcajada de la Edad Media! ¡Un frugal caramillo y un relincho de corcel belicoso! Berceo y Juan Ruiz cierran el gesto lírico medieval como fenómeno de individualidad creadora, pues no hay que olvidar que a lo lejos aparece el juglar prodigioso que confundido con la masa del pueblo, hecho marea colectiva, va esculpiendo con grandes jadeos la memoria del Cid.



II

La carcajada de Juan Ruiz

EL PRIMER agarrapescuezos y bebelitros literario es Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Hay que traerle vihuela, ponerle festejo y dejarle bailar. E irse con él una mañana por el puerto de Malagosto, o perderse

en alguna sierra para encontrarse con Aldara a la madrugada y oírle la serranilla en pleno descampado, esa serranilla de Juan Ruiz que es la sal misma de España. Falaguerras y provocativas, las vaqueras del Arcipreste son manzanas de hablar y practican el buen amor. Gadea de Riofrío aún debe estar con sus hatos, y Menga Lloriente soportando el ventisco.

También es bueno escucharle el cuentecillo verde en alguna sacristía remota, mientras las viejas se escandalizan y los cirios chisporrotean con asombro. O atenderle el requiebro ante doña Endrina vestida de negro, en alguna calleja toledana por donde taconeán las viudas y reverberan los refranes como guijas al sol. O solicitar a Trotaconventos, abuela carnal de Celestina y lady Macbeth, la receta necesaria a la virginidad sospechosa. O beber en las posadas con los alegres estudiantes de Talavera, cuyas alegrías sacaban de quicio al arzobispo Albornoz. .

Todo menos pedirle a Juan Ruiz que se siente y sosiegue. ¿Sentado y sosegado queremos al que estuvo preso trece años, al que escribió las cosas más alegres y bullidoras detrás de los barrotes de una jaula? No, no, Juan Ruiz será siempre la juventud hermosa, la sangre inquieta, la venganza de la melancolía. Otros prefieren las telarañas a las rosas. Otros, ante el desacato a la solemnidad, ensayan el melindre. El no. El ha nacido para derramar por el mundo su temperamento sanguíneo, y para viajar y no estarse quieto. Para irse a la vida como Cervantes, aunque luego le reprochen una clerecía bigarda.

De repente, en aquella mescolanza de bribones y santos que es el siglo XIV, cuando la picardía del místico se confunde con el misticismo del pícaro, irrumpe la figura gigantesca del Arcipreste, gigantesca por la talla física tanto como por la visión plástica de la obra. Es el tipo valiente y saludable que sabe reír en un marco de miradas adustas, de ceños fruncidos, de hipocresías morales. Frente al zolipo afeminado la carcajada luminosa. Juan Ruiz, velloso y pescozudo, de andar infiesto, de anchas espaldas, es el primer asombro de la obra cumplida, el primer escritor que abandona las andaderas del lenguaje naciente, el primer milagro del estilo en una época en que la expresión literaria, como ha dicho don Marcelino, “se encontraba en la infancia del arte”.

Este ladrón honradísimo ha robado a medio mundo: ha leído el *Pamphilus* y las principales meretrices de Terencio, Plauto y Ovidio; ha escarbado en los fabulistas griegos, ha minado el cuento burlesco de Francia y ha repasado el erotismo oriental. Del saqueo sale con las manos limpias y la conciencia tranquila, porque tiene un asombroso poder de transformación y crea sus propios personajes con el desenfado de un gran señor.

Y ahora para terminar el siguiente envío, con una réplica a *Azorín*:

Querido Juan Ruiz: no te sosiegues, no te sientes; mira, la noche es propicia y los deleites esperan: la juventud se va, y hay que detenerla; ven, vamos a beber y danzar con aquella mora de los ojos profundos que tú conoces y no me has presentado. Vamos, Juan Ruiz, vamos ya. Eres el guía admirable y la perpetua frescura de lo añejo. ¿Pero sabes también lo que eres? Te lo voy a decir, maestro Juan Ruiz, con el más sorprendente y maravilloso de tus versos:

Eres padre del fuego, pariente de la llama.